

Cuando el delirio tiene poca intensidad, queda circunscrito á las células de la capa superficial y, por consiguiente, no son impresionadas las volitivas ni las motrices de los cuerpos estriados. Entonces se vé el quietismo y el silencio característicos de los melancólicos. Los conatos de oposicion dependen de que las células afectivas, dolorosamente impresionadas, tienen poca receptividad para las impresiones externas. Hay una especie de *ircofobia*—de *ircos*, sonido—y *fotofobia* cerebral. El enfermo solo se siente á sí mismo. Su cerebro se halla en un caso análogo al del músculo afectado de reumatismo, que, sin estar paralizado, no puede contraerse, á causa del dolor que el movimiento provoca.

La corriente impresionadora penetra, pues, con dificultad y aun se desnaturaliza—*ilusiones*—á través de los aparatos perceptivos; por lo cual no puede recorrer el ciclo de la innervacion saliendo al exterior convertida en movimientos voluntarios correspondientes á la índole del excitante sensorial.

No es posible invocar directamente los auxilios de la anatomía patológica para corroborar el concepto que llevo expuesto sobre la naturaleza de la tristeza, así normal como patológica. Ni la una ni la otra causan la muerte, mientras no den lugar á lesiones viscerales ó cerebrales de otra índole ó de mayor grado. Por otra parte, los espasmos y las hiperemias capilares no subsistirían en el cadáver. Pero, ¿se necesita la confirmacion necroscópica para convencerse de que, no solo el cerebro, si que tambien el organismo todo, adolecen de debilidad anémica en los tristes? Voisin ha examinado la sangre de los lipemánicos y siempre la ha encontrado leucocitémica; en muchos de ellos, picándoles en la yema del dedo con un alfiler, se vé brotar una gota de serosidad, antes que sangre. Examinado al microscopio, este humor no forma una capa uniforme, sino islotes perfectamente separados. En tales casos, que acusan los mas altos grados de la caquexia, suelen presentarse escaras gangrenosas.

Á lo dicho añádase, que los efectos de la medicacion narcótica, antes de marcarse por la disminucion de la tristeza y del delirio frenálgico, se anuncian por signos físicos que indican la cesacion del espasmo vascular: colórase el semblante, animase la mirada, desvanécense los surcos de la cara, por lo cual el rostro se embellece; siéntese agradable calor en todo el cuerpo, disípase en sentido ascendente la coloracion amarillento-sucia del tegumento, el pulso se dilata y el cuerpo aumenta de peso, porque mejora sensiblemente la nutricion.

Téngase además en cuenta que, si algun alivio espontáneo experimenta el delirio de los melancólicos en el decurso de su enfer-

medad, es precisamente cuando sufren accidentalmente alguna afección febril. En tal caso, *la fiebre suelta el espasmo*, y sin espasmo no hay tristeza. Disipada la fiebre, vuelve la melancolía. No hay alienista que no haya observado mil veces este fenómeno.

XX.

Saquemos ahora partido de estas investigaciones fisio-patológicas, para hacer percibir las analogías entre los procesos normales y los morbosos de la tristeza.

La tristeza, en todas sus manifestaciones hígidas y morbosas, constituye la expresión de un estado mas ó menos permanente de isquémia cerebral, idiopática ó deuteropática.

La frenalgia, ó dolor moral, consiste en la percepción autóctona—nacida en los mismos centros afectivos—de la deficiencia de estímulo nutritivo de la sustancia nerviosa del cerebro.

En tal estado, la escasa excitabilidad de las células cerebrales por las corrientes centripetas—sensoriales—es causa inmediata de que no haya renovación de ideas. La mente no elabora sino sobre productos de percepciones ó juicios anteriores.

De ahí la fijeza de la idea que distingue á los tristes y á los lipemaniacos; no siendo raro que estos, disipado el fondo emocional primitivo, vengán á parar en la monomanía.

La poca receptividad para las impresiones cósmicas durante la preocupación afectiva, es la condición mas abonada para que la inteligencia se ejercite en la meditación y contemplación de las cosas *no cósmicas*, ó sobrenaturales. Conservándose en los límites hígidos, este estado del ánimo produce escritores sagrados, teólogos, inspirados, cenobitas, anacoretas y santos; en sus modos morbosos, engendra fanáticos, theómanos, demonóforos, demonólatras, pannóforos y suicidas.

Como las impresiones viscerales encuentran libre acceso en los centros perceptivos de los tristes—y aun muchas veces la tristeza se origina de estas impresiones—no es extraño que el dolor moral hígido se convierta en hipocondría y que la mayor parte de los melancólicos se crean dañados de extrañas lesiones que destruyen sus vísceras.

Los sujetos linfático-nerviosos con idiosincrasia hepática, tienen natural propensión á la soledad y al misticismo; su cerebro tiene escasa receptividad para las impresiones expansivas. Apenas hallan goce en la tierra. Víctimas de su propio temperamento, el mundo y la sociedad les son indiferentes ó les afecta dolorosamente. Egoístas y reservados, como los que adolecen de infartos cró-

nicos del hígado, juzgan de los sentimientos de los otros hombres por los que les son propios. Piensan mal de todos; el trato social es una de tantas calamidades que les acosan. Por esto son poco ó nada sensibles al amor en sus formas generosas; en el comercio sexual satisfacen solo un instinto y una secrecion; no ese sublime sentimiento de atraccion que vincula á todas las criaturas. No tienen aptitud para las virtudes sociales, cuyo ejercicio les conquistaria la bendicion de los hombres y la palma del cielo. La carne les agujonea sin cesar; pero no tienen resistencia para la tentacion. Saben que pecan y que ofenden á Dios. En consecuencia, temen, no tanto perder el cielo, como merecer el infierno. Pero, como no pueden amar mas que á sí mismo, faltan á la moral: son usureiros, lúbricos, crueles, reservados y desconfiados. No gozan en esta vida y temen el tormento eterno. No tienen fuerza para lograr el cielo por la virtud, y creen sencillamente que la religion les abrirá las puertas del paraíso. Confiesan y comulgan á menudo; hacen dádivas piadosas; sostienen con su dinero guerras de religion; apoyan toda tendencia que conspire al afianzamiento de la teocracia; y ¡desdichados!.... piensan que se hacen gratos á Dios invocando su nombre para entorpecer el progreso de los hombres.

Este orden de ideas—las religiosas—ofrece la particularidad de su fijeza y permanencia.—Paréceme que esta cualidad inmediata depende de su exclusivismo, ó sea del dominio casi absoluto que, por la escasa concurrencia de impresiones actuales, ejercen en la inteligencia. En efecto, las concepciones engendradas por los sentimientos místicos, son, por decirlo así, *ultra-cósmicas*: no se relacionan directamente con impresiones físicas de actualidad; son solo productos de recuerdos elaborados por la fantasía. Los cerebros melancólicos, segun queda dicho, tienen gran receptividad para las percepciones autóctonas, y poca para las periféricas. Y como el mundo real penetra apenas en los centros emotivos, y perceptivos, no hay quien dispute á las concepciones maravillosas su toma de posesion y arraigo en la mente. Por otra parte, tales ideas agradan al sugeto, porque concuerdan con su temperamento, y por todas estas causas adquieren la estabilidad de un sentimiento connaturalizado. En tal estado, son completamente inextirpables. Al principio, la instruccion, esto es, la ingestion, espontánea ó forzada, de ideas del mundo real, hubiera podido combatir las con ventaja, operando una saludable sustitucion ú obrando por vía de contrapeso en las regiones del sentimiento; mas tarde no hay poder humano que las avasalle. Solo por horribles hecatombes pudo ponerse término al fanatismo vendeano.

Es notable que la misma tenacidad de las ideas y sentimientos

místicos que caracteriza á los sujetos de temple reservado, se observe en los delirios de igual índole, que tan frecuentemente presentan los frenálgicos y monomaniacos. Las ideas místicas están como encarnadas en su cerebro, no bastando á disiparlas ni el consejo ni la represión. Si, intimándoles, se consigue algunas veces hacer menos ostensibles las manifestaciones de esta clase de delirios, no tarda en observarse que, en su estado latente, nada han perdido de su pristina intensidad.

Hay aquí una de las mas tangibles muestras de la homología entre los procesos de la razón y de la sin-razón; homología fisiológica, que, por lo que vamos exponiendo, no puede dudarse de que corresponde á otra homología orgánica.

Véase, en corroboración de esto y á título de contraste, lo que acontece con los delirios demagógicos, insurreccionales, teofóbicos, clerofóbicos é iconoclastas, propios de las formas hiperfrénicas. Todos son tan fugaces como ruidosos. No se requieren artificios ni esfuerzos para cohibirlos: basta abandonarlos á su propia espontaneidad, huyendo tanto de sobreexcitarlos como de reprimirlos con violencias. Déjese gesticular y gritar al aire libre á esos alienados; procúrese tan solo precaverles de que se dañen en sus arrebatos de furor;.... no tardará en aparecer, si no la lucidez, la calma del delirio.

Al contrario, si siguiendo antiguas y desacreditadas prácticas, se apela á la represión y á los castigos, la ideofrenia subirá de punto y tal vez no parará hasta la demencia. Al punto en que Pinel, en presencia del furibundo Cuthon, hizo quitar las cadenas á los furiosos de Bicetre, recibió abrazos y lágrimas de gratitud de estos desventurados.

¡Qué sorprendente semejanza entre las frenopatías del manicomio y las que con tanta frecuencia presentan las colectividades humanas!

Los motines, tumultos, algaradas y levantamientos demagógicos se embravecen rápidamente y cunden con pavoroso ímpetu. Seemjan un huracán que amenaza arrancar de cuajo los mas sólidos y arraigados principios de la sociedad: la familia, la nacionalidad, la propiedad, la religión, la autoridad..... ¡Ay de los que pretenden hacerles retroceder! No hay poder humano capaz de contener estas manifestaciones convulsivas del dinamismo popular.

Dejad hacer; moderad, si podeis, la acción; encauzadla, y sobre todo, esperad un poco..... Pasará el tumulto, brillará el orden, se hará justicia y..... al final la humanidad habrá realizado algun progreso.

No es este el proceso de los movimientos melancólicos de la

poblacion. Toman por pretexto una idea mística, que se origina allá en los desiertos de la ciencia, esto es, en la poblacion rural mas atrasada. Cual filtro sutilísimo, se insinua en la conciencia de las mujeres, por donde fácilmente penetra lentamente en el seno de la familia. Prepárase el terreno con gran pausa, pero sin cejar jamás. Con felino instinto, se agacha ante el peligro, sin perder nunca ni la fé ni la esperanza.—¿Saltará?.... Sí, al menor descuido y cuando la víctima no tenga ánimo para defenderse.

¡Desdichado el que mira sin recelo estas aguas mansas! Débil por naturaleza, solo el terror la mantiene á raya. El cañon la acalla, mas no la vence. Su verdadero antagonista es la instruccion. Los mejores fuertes contra estas guerras, son las escuelas; el mejor cañon, la prensa y la boca del maestro.

Lo he dicho; el cerebro se alimenta de sangre y de percepciones; estas son su materia funcional, como la sangre de la vena porta es la materia funcional del hígado. Con buen régimen bromatológico y con excelentes condiciones atmosféricas sustentaremos las propiedades orgánicas de la sustancia nerviosa; con un buen régimen perceptológico nos precaveremos de la isquémia cerebral, que conduce á la tristeza y á la melancolía.

Profilaxis para la melancolía social de forma mística: pan é instruccion á manos llenas. Con solo estos elementos no hay pueblo que no sea libre y virtuoso.

XXI.

Procesos hiperémicos.—Expansion de la afectividad.—Alegría.—Estar alegre es sentir una expansion placentera por una percepcion ó un juicio. Es, por lo tanto, la alegría un estado del ánimo diametralmente opuesto á la tristeza. De donde resulta que, si la causa eficiente de esta consiste en una isquémia de la sustancia nerviosa, compatible con la salud, aquella corresponde á la hiperemia fisiológica ú orgasmo de los elementos afectivos del cerebro.

Como todas las partes ricamente vascularizadas, la sustancia gris del cerebro es asiento de orgasmos congestivos, que le proporcionan el debido tono funcional. El orgasmo fisiológico no es mas que una hiperemia intermitente, que se disipa al influjo normal de las corrientes nerviosas que determinan la contraccion y la relajacion de los vasos capilares.

Ejemplo siempre visible de esta clase de hiperemias, lo tenemos en las mejillas de los sugetos de cutis blanco y muy fino y de temple impresionable: una emocion moral ruboriza á la púdica donce-

lla. Este rubor acusa un fenómeno nervioso de carácter reflejo, suscitado por una idea. Desvanécese, sin exudado ni dejar vestigio, desde el momento en que se ha restablecido el equilibrio emocional en los centros nerviosos y ha cesado su conmoción ondulante. Así cesa gradualmente el movimiento del agua en un estanque momentos después de haber sido percutido. Pero mientras dura la hiperemia, aumenta la temperatura, y este aumento lo hace perceptible el termómetro.

Si el orgasmo se verifica en partes muy celulares—v. gr., una glándula—ocurre una hipergénesis de elementos anatómicos, que se traduce por un producto de secreción. Si, siendo muy celular, el órgano no es secretorio, sino que da por productos de su actividad movimientos funcionales de determinada clase,—y en este caso se encuentran los músculos, la médula, el cerebro, etc.,—el efecto inmediato de la hiperemia fisiológica no podrá ser otro que un aumento de sus productos dinámicos. Hé aquí porque, en medio de la expansión afectiva, brillan los más vivos destellos de la imaginación y aparecen los conceptos más felices.

Cuanto es causa de concentración, lo es asimismo de tristeza, y todo cuanto expande la vida, es ocasionado á la alegría. Nunca, como en la infancia, es tan ostensible el movimiento de expansión orgánica; por esto, la alegría es el estado habitual de los niños. Padecen, en verdad, no pocos dolores físicos; experimentan contrariedades que les arrancan estrepitosos lloros; pero no siempre que el niño llora, sufre. Las más de las veces el llanto responde á la necesidad de ejercitar los aparatos fonéticos. En general, todos lloran sin gran pena y sin concentración de fuerzas, razón por la que los más llorones no son los menos obesos ni los menos colorados. En cambio, las primeras emociones morales son en ellos de carácter expansivo. La primera demostración que hace el niño de reconocer á su madre, es una sonrisa: *«Incipe parve puer risum cognoscere matrem.»*

La alegría infantil no es privativa de la especie humana; la observamos en alto grado en los irracionales: todos los cachorros, hasta los de la leona, son graciosamente retozones. El reino vegetal reserva sus mayores grados de expansión para la pubertad; las vistosas corolas con que se engalana la primavera, son símbolo de la alegría universal que despierta el amor. Las aves concurren al festival de la naturaleza con sus más armoniosos trinos y con sus más ricos plumajes. El hombre interpreta el amor y tornándose valeroso, alegre y comunicativo.

Todos los estimulantes difusivos despiertan alegría. Hasta las personas de grave continente, desfruncen el ceño y se vuelven de-

cidoras á los postres de un festin, cuando el champagne rebosa de los vasos. Entonces todo centellea: la mirada, el rostro, la imaginacion, los afectos y sobre todo el amor. En tales circunstancias, hasta el mismo Timon, el gran misántropo de Atenas, olvidando la ingratitud de sus amigos, sonreiria apasionadamente á la Hebe que le hubiese escanciado la ambrosia.

Así como hay temperamentos frios y melancólicos, los hay flóridos y festivos: son los sanguíneos. Ellos son los príncipes de los placeres, y á no ser la aplopegia, la gota y las afecciones cardíacas, que acibaran su vejez y se oponen á su longevidad, á nadie podrian envidiar el patrimonio orgánico.

Á pesar de esto, son los mortales mas felices: quieren bien y son bien quistos; todos desean su compañía que, por otra parte, no es difícil de lograr mientras se trate de divertirse en una partida de campo, en un banquete, en un baile, en un viaje, etc.; en tales casos figuran siempre en primera línea y de ellos salen los proyectos mas alegres. No es de admirar; su cara no engaña: como la del sol, irradia placer y animacion por todos lados. No tiene precio su colateralidad á la mesa: para un anorético, es su ejemplo funcional el mejor aperitivo.

La alegría es poco ó nada propicia á las operaciones reflejas de la inteligencia; en cambio, influye favorablemente en todas las funciones tróficas. Hija de la salud, engendra salud, y filosóficamente dirigida de modo que no lleve al abuso de los placeres, es prenda segura de longevidad. Fontenelle, citado por Virey, vivió un siglo, porque supo administrar prudentemente su alegría. *Bene vivere et letari*: hé aquí un excelente principio de Macrobiótica. El incisivo Erasmo, curado de una grave enfermedad por la alegría, agradecido, escribió su *Eloge de la Folie*. Quizás Erasmo no fué justo confundiendo la alegría con la locura; pero, como en esta obra no trató sino de la locura alegre, no se apartó del objeto de su apoteosis. «Ni el trabajo, ni la vejez, ni las enfermedades se acercan jamás á estos campos felices; no crecen en ellos malvas, ni altramuces, ni habas, ni ninguna de esas plantas que solo al vulgo agradan; el *moly*,—planta fabulosa que servia de contraveneno, y de la cual, segun Homero, echó mano Ulises para preservarse de los encantos de la Circe—la *panacea*, el *nepentes*, la mejorana, las rosas, las violetas y los jacintos, embelesan por todas partes el olfato y la vista y hacen de estos sitios—los en que crece la locura—encantadores jardines, aún mas deliciosos que los de Adónis. No le envidio á Júpiter la dicha de haber sido amamantado por una cabra, pues las dos ninfas del mundo, *Metea*—la embriaguez—hija de Baco, y *Apedia*—la ignorancia—hija de Pan, fueron

mis nodrizas.—Y á propósito de mis sirvientas, es del caso que os las dé á conocer: aquella que os mira con aire de arrogancia, es el *Amor propio*; esotra, de agraciado rostro y con las manos dispuestas á aplaudir, es la *Lisonja*; ahí teneis la diosa del *Olvido*, que se está durmiendo y tiene el rostro soporoso; mas léjos está la *Pereza*, con los brazos cruzados y apoyándose en los codos; ¿no reconoceis á la *Voluptuosidad* en sus guirnaldas y coronas de flores y en las deliciosas esencias con que se perfuma? Veis una, de mirada vaga y estúpida, que va de uno á otro lado? es la *Demencia*. Estotra de cútis tan brillante y de cuerpo tan obeso, es la diosa de las *Delicias*. Pero tambien vereis algunos dioses entre tantas diosas. El uno es *Como* y el otro *Morfeo*. Por el concurso de todos estos fieles servidores, yo someto á mi imperio todo cuanto hay en el universo; por ellos gobierno á los que gobiernan el mundo.» (1)

La alegría, como todo movimiento orgánico llevado á la exageracion, puede redundar en gran perjuicio de la salud y aun causar la muerte súbita, por apoplejia cerebral. Una mujer de Lacedemonia y otra romana, al recibir en sus brazos al hijo que creian muerto en la batalla, mueren de exceso de alegría. Fouquet, superintendente de hacienda francés, célebre por sus riquezas y lujo, fué preso al salir de una gran fiesta dada en Vaux á Luis XIV; juzgado por sus enemigos, despues de desposeerle de todos sus bienes, fué encerrado en una fortaleza, en donde murió al cabo de 19 años, precisamente al recibir la noticia de su libertad. La sobrina de Leibnitz, falleció al ver la gran cantidad de oro que habia heredado de su tio. Segun Montaigne, el Papa Leon X murió de alegría al saber la toma de Milan. En fin, todos los autores de la antigüedad están contextes en atribuir á un exceso de satisfaccion la muerte de Diágoras de Rodas, de Chilon, de Sófocles coronado, de Deneys, tirano de Sicilia, de Filípides, de Filemon, de Policrates y de Filistion.

Estos casos no son, en verdad, muy frecuentes; pero para nadie es desconocida la agitacion que subsigue á las grandes satisfacciones. La alegría ahuyenta el sueño, pues la gran proliferacion de ideas mantiene vivamente estimulado el cerebro. En el sexo femenino y en los hombres de temperamento nervioso, la alegría súbita suele determinar síncope, á causa de que el movimiento periferico de la sangre hace que haya insuficiencia de este humor en los órganos centrales.

(1) *Eloge de la Folie*, pág. 17, año 1508.

XXII.

Para describir el estado morboso correspondiente á la hipermia de los elementos afectivos, correlativo á la alegría normal y que constituye la *expansion afectiva frenopática*, empeararé trascribiendo el siguiente pasaje de Griesinger.

«Los sentimientos morbosos con disposicion á la alegría, á la extravagancia y al buen humor, con exageracion de la actividad psíquica—y de ordinario tambien corporal—ofrecen grande analogía con las emociones expansivas y tienen las mismas consecuencias principales inmediatas. Hay tambien normalmente una *alegría loca*, en que el sentimiento de la felicidad presente, no solo expande todas las fuerzas del ánimo, sino que hasta parecen realizarse todos los ensueños del porvenir; los hombres y las cosas nos tocan mas de cerca; desearíamos que todos participasen de nuestra dicha y hasta quisiéramos estrechar entre nuestros brazos al mundo entero. En este estado de *alegría loca*, dice Griesinger, puede ya presentar un desórden bastante notable y cierta incoherencia de ideas, lo cual siempre demuestra que no hay una emocion muy profunda, si el individuo puede fácilmente dominarse. Así, lo mismo que en el individuo sano, estos sentimientos van de ordinario acompañados de una necesidad de movimiento exterior, de agitacion, de locuacidad y de actividad moral. Estos estados se manifiestan de un modo análogo cuando se producen interiormente por la enfermedad; constituyen, por lo comun, los estados fundamentales de lo que se llama monomanía; algunas veces se les observa tambien, aunque en grado mas remiso, en la locura sistematizada y en la demencia agitada.»—(1)

Baillarger opone á la opinion de Griesinger un reparo clinico que me parece muy al caso. Estos estados de alegría y de expansion que se señalan como propios de la monomanía, corresponden mas bien al primer periodo de la parálisis general de los alienados y al de excitacion de la locura circular, que son precisamente los estados mas decididamente hiperémicos de las enfermedades mentales. En efecto, los siguientes rasgos con que Esquirol describe el estado emocional de los monomaniacos, son evidentemente los que caracterizan el principio de la locura paralitica—que aun no habia sido descrita como entidad nosológica en los tiempos en que escribió su *Tratado completo de las enagenaciones mentales* el ilustre

(1) *Traité des Maladies mentales*, pág. 73.

médico de la casa de locos de Charenton: — «Estos enfermos, dice, miran las cosas por su lado bello; satisfechos de sí mismos, están también contentos de los otros; son felices, festivos y comunicativos; cantan, rien y bailan. Dominados por el orgullo, la vanidad ó el amor propio, deléitanse en sus propias ideas de grandeza, de poder y de riquezas; son activos y petulantes, tienen una locuacidad incoercible y no paran de hablar de su felicidad.»

La hiperemia fisiológica, ú órgano funcional del cerebro,—comparable, segun queda dicho, al rubor del semblante—como todas las de igual indole que se efectúan en otras partes de la economía sana, se distingue por la particularidad de que el acúmulo sanguíneo tiene lugar en los capilares mas inmediatos á los elementos anatómicos activos, ó sean las células ganglionares. Y como las funciones cerebrales propiamente dichas son intermitentes, la hiperemia concomitante al movimiento funcional debe ser y es también periódica, correspondiendo su desaparicion al agotamiento de la actividad de las células, á la disminucion de su irritabilidad y á las necesidades de reposo y reparacion dinámica.

Si, léjos de conservarse ese movimiento de flujo y reflujo de la sangre en los capilares del cerebro, por la mediacion de estímulos persistentes ó por la excesiva potencia de otros de naturaleza moral ó física, la hiperemia capilar se hace permanente, el cerebro quedará constituido en un estado patológico duradero, ó sea en el de hiperemia crónica, que será causa eficiente de una *psicosis*.

De esta suerte, una sobreexcitacion nerviosa habrá dado margen á una hiperemia cerebral crónica y esta á su vez será causa de una excitacion aun mas exagerada de los elementos anatómicos de este órgano.

La hiperemia cerebral puede ser activa, ó por congestion, y pasiva, ó por éxtasis. Lo mas frecuente es que coincidan las de ambas clases, ó que se trasformen reciprocamente; pues repletos en exceso unos capilares, comprimen á los inmediatos y oponiendo obstáculo al paso de la sangre por ellos, esta se detiene y se efectúa una hiperemia mecánica. Y es evidente que cuando mayor sea la cantidad de sangre activamente congestionada en los vasos opresores, será tanto mas perfecta la oclusion de los oprimidos y, por lo mismo, será también proporcionalmente considerable la hiperemia pasiva que en ellos se efectuará.

Tanto la hiperemia activa como la pasiva, están en razon directa de la tenuidad de las paredes de los capilares y de la resistencia de los tejidos por donde estos se ramifican. Los capilares del cerebro, y especialmente los de la sustancia cortical, son delgadísimos y, por consiguiente, en alto grado dilatables, disposicion que

se halla á mas no poder favorecida por la blandura de la sustancia nerviosa. Á no mediar mas que estas condiciones de textura, las hiperemias del cerebro serian frequentisimas y muy extensas; mas como la caja craniana se adapta exactamente á su contenido, siendo de suyo perfectamente sólida y en modo alguno dilatable, resulta en favor de los vasos cerebrales una resistencia muy superior á la que podria esperarse de su estructura. Si la materia cerebral no fuese mas ó menos compresible; si el encéfalo no estuviese ahuecado de ventriculos, y sobre todo, si el líquido sub-aracnoideo no pudiese ser desalojado del cráneo, refluyendo hácia el conducto raquídeo, que viene anchísimo á la médula, dejando así mas espacioso el cráneo en el momento en que se llenan los vasos del cerebro, la hiperemia de este órgano seria de todo punto imposible.— Mas, ya que no sean asi las cosas—por mas que algunos se obstinen en negar la congestion cerebral,—de las expresadas disposiciones orgánicas resulta: que ó la hiperemia cerebral es bastante circunscrita, ó que, caso de ser difusa,—como sucede en las vesanias—predomina en una determinada seccion del sistema vascular.

Como en las enfermedades mentales la irritacion funcional se origina en la sustancia cortical, la hiperemia se fija en los capilares de esta capa. Una congestion largo tiempo sostenida en los capilares de la sustancia cortical, es causa de que estos pierdan su contractilidad y se hagan asiento de lesiones de textura que les inhabilitan definitivamente para recobrar su normal calibre. A este estado pueden venir á parar todos los procesos hiperémicos de las vesanias, ora reconozcan por punto de partida una excitacion funcional de la sustancia nerviosa, ora dependan de una irritacion exagerada de los vasos, ora, en fin, resulten de la disminucion de la resistencia y elasticidad de las tunicas vasculares—locura por ateroma, descrita por Voisin.—

Limitándose mi objeto á poner de relieve las analogías de los procesos normales con los patológicos de la razon humana, podria terminar en este punto lo concerniente á la anatomía patológica de las enfermedades mentales, cuya lesion fundamental es la hiperemia. Los procesos consecutivos al estado congestivo—apoplejías peri-vasculares, ó aneurismas disecantes, trasformacion grasienta de las tunicas de los capilares y de la sustancia cerebral inmediata—son la continuacion del proceso hiperémico y, por lo mismo, carecen de representacion en el estado hígido; pero, como quiera que mas adelante tendré ocasion de demostrar la homología entre los procesos tróficos de ambos órdenes, deberé aprovechar la oportunidad de evitar repeticiones para completar la descripcion del proceso congestivo de la sustancia cerebral, ya en su forma agu-

da, ya en la forma crónica. Permítaseme transcribir lo que sobre este particular tengo expuesto en mi *Tratado de Frenopatología*:

«A las formas agudas y crónicas de la alienacion mental corresponden lesiones anatómicas, que Reindfleisch ha estudiado con particular esmero.

»Para reconocer los vestigios de la hiperemia en las formas agudas, es necesario no perder de vista que los vasos cerebrales en el cadáver están mucho mas exangües que en el vivo; así que, para declarar la existencia de un estado congestivo, basta observar un ligero tinte rosado en la sustancia blanca. La suma tenuidad de los capilares del cerebro es causa de que sus congestiones terminen frecuentemente por derrames, que se depositan en focos numerosísimos, pero tan pequeños que en muchos casos solo el microscopio los puede describir. Mas, la presencia de estos bastará siempre para poder asegurar que hubo una hiperemia, siquiera no quede de esta el menor indicio.

»Una particularidad de las hemorragias capilares propias de las enfermedades mentales, consiste en presentarse casi constantemente bajo la forma de aneurismas disecantes. La sangre se abre paso á través de las tunicas interna é intermedia y se deposita entre esta y la externa ó adventicia, á la cual levanta y despega de las subyacentes, formándose entre estas y aquellas un foco hemorrágico, de figura fusiforme y de color rojo oscuro. Bien es verdad que, al lado de estos derrames parietales, se ven á veces focos hemorrágicos extra-vasculares, como los que son propios de la encefalitis aguda; pero, en las enfermedades mentales, aquellos no faltan nunca y son mucho mas pronunciados que los de la última clase.

»El *reblandecimiento rojo* corresponde á la manía, y ofrece la particularidad de aparecer por capas sucesivas en la sustancia cortical, siendo de notar que su punto inicial es, por lo comun, la zona intermedia; lo que hace que, al practicar la avulsion de la pia-madre, sea arrastrada con esta la zona mas superficial de la sustancia gris, por lo cual queda, despues de esto, una superficie escabrosa y como ulcerada. En otros casos, la lesion de que tratamos se fija en la zona superficial, siendo muy raro encontrarla en la capa mas profunda, inmediata á la sustancia blanca. Reindfleisch explica estas condiciones anatomo-patológicas por la disposicion que normalmente presentan los vasos capilares, los cuales, en el cerebro, ofrecen, segun Arndt, tres departamentos sobrepuestos, correspondientes á cada uno de los periodos del desarrollo del órgano.

»Los corpúsculos de la sangre contenida en los derrames parie-

tales de que hemos hablado, se trasforman en granulaciones de pigmento, que, agrupándose de dos en dos ó de cuatro en cuatro ó en mayor número, quedan depositados por debajo de la túnica adventicia. Raras veces se ven algunas granulaciones pigmentarias en la sustancia blanca cerebral; pero es muy comun observar la pigmentacion exagerada de las células nerviosas. Al propio tiempo que estas trasformaciones de la sangre derramada, se inicia una nueva formacion de tejido conjuntivo en la superficie externa de los vasos, que, en el estado crónico, es el agente mas poderoso de la desorganizacion de la sustancia cerebral.

»La *metamórfosis grasienta* de los vasos capilares es la única trasformacion de tejido que corresponde al estado agudo de las enfermedades mentales: al rededor de los vasos se ven aparecer gotitas de grasa que les aislan de las partes recinas. Hoy día no se puede asegurar si esta grasa procede de la sustancia cerebral circunvecina ó si se forma en el mismo vaso; lo que sí se puede decir, que no resulta de un proceso regresivo, sino progresivo, pues coexiste con la nueva formacion de células y fibras de tejido conjuntivo, de que queda hecho mérito.

»Las lesiones anatómicas que distinguen los estados frenopáticos crónicos, son mucho mejor conocidas que las de los estados agudos. Tambien en aquellas los vasos capilares son el teatro de la escena anátomo-patológica. Los vasos del cerebro están rodeados de una atmósfera de protoplasma, en donde tienen lugar las diferentes trasformaciones que vamos á exponer. Este protoplasma perivascular aumenta en los estados frenopáticos, por la proliferacion de los núcleos de la membrana adventicia y por la consecutiva formacion de células nuevas. Las mas periféricas de estas emiten prolongaciones protoplásmicas que hacen que el vaso parezca erizado de espinas. Estas prolongaciones se continúan con ciertas células que mientras tanto se han formado en la sustancia cerebral, por lo que estas parecen de figura estrellada. En estos casos tenemos, pues, que de la superficie externa de los vasos cerebrales salen excrecencias que penetran en la misma sustancia del cerebro; estas excrecencias pueden á su vez producir vascularizaciones, por el procedimiento de gemmacion de los elementos anatómicos de las túnicas del mismo vaso. En todo este proceso, la neuroglia no tiene la menor participacion, pues todo se efectúa en el tejido conjuntivo de los vasos. La atrofia de las células y tubos nerviosos, así como la pigmentacion de aquellas, son efectos consecutivos á las alteraciones vasculares que acabamos de reseñar. La hidropesia y la esclerosis, la disolucion granulosa y la division de los núcleos, son, en concepto de Reindfleisch, hechos muy ra-

ros en las enfermedades mentales. El edema de la pia-madre, junto con la excesiva proliferacion del tejido conjuntivo perivascular, son las causas principales de las otras alteraciones de la sustancia cerebral, pues ejercen sobre esta una compresion que altera su textura y aun sus apariencias exteriores, toda vez que á simple vista se presenta coriácea y de color blanquecino.»

XXIII.

Desde que la parálisis general de los alienados ha fijado la atencion de los prácticos, se han descrito acerca de ella cuatro variedades ó tipos: la expansiva, la melancólica, la paraplégica y la congestiva. Estas formas se refieren á la naturaleza del delirio y á la mayor ó menor expansion de la afectividad. En todas, si se exceptúa la melancólica, hay exaltacion de los sentimientos alegres, que concuerda con el delirio ambicioso.

Es muy rara la forma melancólica. El mecanismo por el cual hemos visto que la hiperemia activa podia trasformarse en pasiva, ó por estancamiento, explica suficientemente los fenómenos melancólicos que, en algunos casos, se observan. Lejos, pues, de desvirtuar estos la homología que vamos demostrando entre los procesos hiperémicos normales y los morbosos, vienen á confirmarla.

Todos los locos inspiran compasion; mas compasion que los que adolecen de males consuntivos ó muy dolorosos. El dolor moral falta en muy pocos, y este dolor, patológicamente exagerado, es, segun confesion de los que le han experimentado, muy superior á los dolores físicos mas acerbos. Cualquiera, por otra parte, puede juzgar de la exactitud de esta apreciacion: ¿quién no prefiere los sufrimientos del mas violento cólico á la amargura de la muerte de un hijo? Pero, si la enfermedad mental exagera extraordinariamente la intensidad del sentimiento de tristeza, tambien hace mucho mas intensos los sentimientos de alegría. Por esto, en cierto modo, no es digno de lástima, sino mas bien de envidia, el sugeto que se halla en el primer periodo de la locura paralítica. Las satisfacciones mas completas tienen su contrapeso en la mente sana. El goce en la prosperidad se atenúa por la pena que nos causa la idea de que pueden pasar tan buenos tiempos, y hasta las inefables dichas del amor se acibaran por un barrunto de celos. La alegría frenopática es absoluta; no tiene la menor contradiccion en el ánimo.

— «¿Qué tiene V.? — preguntaba no ha mucho á un enfermo recién entrado en *Nueva-Belen*. —

—»Trillones.

—»Poca cosa es el dinero: hoy dia lo que hace falta es dignidad y poder.

—»Soy Emperador del Comercio; allá en la India tengo un ejército de 500,000 hombres.

—»No es mucho: lo que ennoblece al hombre es el talento y el saber.

—»Poseo todas las ciencias y todas las lenguas, y veo tan claro en lo presente como en lo futuro.»

Así se expresaba este sugeto, rebosando alegría y con cierta balbucencia labial, que considero patognomónica de la locura paralítica.

Conciben proyectos estupendos, sobre los cuales echan cálculos de gran fortuna. Hé aquí otro caso:

El Sr. G., maestro de obras, residente en Gracia, proyecta construir un cementerio para aquella poblacion. Busca sócios y accionistas y cree haberlos encontrado. «Puesto que hoy dia — dice — los difuntos de Gracia han de ser enterrados en el cementerio de Barcelona, es evidente que desde el momento en que yo ofrezca la comodidad de poderlos enterrar en sitio próximo á la poblacion, ninguno será conducido á Barcelona. Ó el Ayuntamiento de Gracia me compra á buen precio el cementerio, ó los entierramientos corren por mi cuenta. De todos modos el negocio es seguro. — Este sugeto habia estucado el Lavatorio de *Nueva-Belen* y, hablando de su habilidad, le dije:

—«¿Llevaria V. á mucha perfeccion el arte de estucar?

—»Voy ahora mismo á estucar los mármoles del Vaticano.

—»Esto no tiene nada de sobrenatural; otros podrian hacer lo mismo.

—»Es que despues estucaré el rostro de la luna.»

Las observaciones y experimentos de Poincaré inducen á creer que la hiperemia del cerebro, en la parálisis general, no es primitiva, sino efecto inmediatamente consecutivo á una lesion del gánglio cervical superior del gran simpático. El proceso ganglionar, que al principio es activo, se traduce por una hiperemia cerebral tambien activa. Mas tarde, los elementos del gánglio experimentan la degeneracion grasienta, y entonces la hiperemia encéfalo-meníngea difusa es puramente pasiva y va seguida de procesos regresivos que anulan por completo la actividad y las propiedades fisiológicas de la sustancia nerviosa. Esta hiperemia pasiva depende de la relajacion de los capilares, privados como del influjo excito-motor del gran simpático — plexo-carotideo. — Hállanse los vasos cerebrales en idénticas condiciones que los ca-

pilares de la oreja de los conejos á los que A. Béclard seccionaba los filetes ascendentes del gánglio cervical superior.

Hé aqui porque en el primer período de la locura paralítica, todo es expansion afectiva y delirio ambicioso, y porque mas tarde aparecen temblores y parálisis progresivos á proporcion que amaina el delirio megallo-maniaco y se pronuncia la demencia.

En vista de las perturbaciones de la motilidad que tempranamente aparecen en la locura paralítica, hay fundados motivos para creer — en concordancia con la anatomía patológica, — que el foco hiperémico inicial no es el cerebro, sino mas bien el cerebelo — centro ordenador de los movimientos y registro general en donde se reunen todos los resortes de la motilidad voluntaria.—Así como de ordinario las corrientes excito-motrices tienen su iniciacion en la capa cortical de los hemisferios cerebrales—células intelectivas y afectivas— propagándose á las células de la capa profunda — volitivas — y desde estas á las del cuerpo estriado, para convertirse en excitaciones cerebelosas — motoras —; existen indudablemente corrientes cerebelo-cerebrales, á través de los pedúnculos cerebelosos superiores, que pueden determinar fenómenos afectivos, intelectuales y volitivos.

Así acontece en la parálisis general de los alienados: la irritacion cerebelosa propágase al cerebro, engendrando la percepcion autóctona — sentimiento — de energía, poder, vigor ó riqueza, específica de los estímulos de origen cerebeloso—al modo como son luminosas todas las percepciones de origen retiniano — y en este fondo emocional tónico, nace un delirio intelectual perfectamente adecuado.

Tambien es expansivo y ambicioso el delirio de los ebriosos. Por la inseguridad, vacilacion y desórden de los movimientos y por la sensacion de rotacion vertiginosa de que se acompaña, ¿no estamos autorizados para sentar que el cerebelo es el centro nervioso primitivamente interesado en la intoxicacion alcohólica aguda?

La expansion emotiva es un elemento muy comun en las vesanias de marcha crónica y especialmente en las monomanías. No obstante, en estas la alegría y la satisfaccion no son un estado psicologico esencial, sino que están subordinadas al delirio intelectual y constituyen su consecuencia lógica, en el órden afectivo.

En tales casos, mas bien que alegría, hay orgullo, presuncion ó vanidad. Si el sugeto se muestra contento, es porque se *siente* príncipe, rey ó emperador. Está satisfecho de sí mismo; al revés del melancólico, en cuyo concepto él es la criatura mas inícuo y pecadora. El monomaniaco vive bien con su idea que reasume toda su enti-

dad moral. Apénale, empero, no encontrar en el mundo el tributo de consideracion y acatamiento á que se mira acreedor. Su alegría no es, pues, absoluta, ni verdadera, ni primitiva. En esto difiere su expansion afectiva de la de aquellos en quienes se inicia la parálisis general.

En *Nueva-Belen* se alberga un monomaniaco que se dice Duque y descendiente de D. Pelayo, y otro—á quien ha poco he aludido—que se titula Emperador del Comercio. El primero come á la mesa de primera clase, duerme en un lujoso gabinete y viste levita de paño y sombrero; el otro, el Emperador, usa traje de dril, calza alpargatas y ocupa pension de tercera clase. El Duque se muestra muy resentido por las pocas atenciones que se le tienen, y ha cobrado tal ódio á su familia por haberle conducido á una casa de locos, que, renegando de su patria—Barcelona—no habla nunca en catalan. En cambio, el Emperador se encuentra bien hallado en su modesta pension, sin que le ofendan sus bastos vestidos. Hé aquí, pues, el fundamento de lo que yo decia: en la locura paralítica, la alegría es esencial y sin tacha; mientras que la satisfaccion del monomaniaco, como derivada del concepto delirante, no declina ni un punto de la lógica.

Hay una monomania ó mania *alegre*—que no es precisamente la *coreomania* ó *mania saltans*, de Chambeyron, pues esta se confunde con el tarantismo y aun con la epidemia de los *convulsionarios de San Medardo*—notable por el buen humor y afabilidad del alienado. Á esta forma pertenece la vesania de un sugeto que hoy dia reside en *Nueva-Belen*. Para él el mal no existe. Dios, bondad infinita, no pudo crear nada malo. Que un hombre atente contra la vida del prójimo; que un hijo maltrate á un padre; que otro se apodere de lo ajeno.... ninguno delinque ni peca; todos obran con buena intencion. O ellos se equivocan ó nosotros juzgamos equivocadamente de su conducta. Segun él, no hay dolor, ni enfermedad, ni muerte. Estas palabras no expresan sino el bien relativo. Tampoco existen negaciones: la silaba *no* está completamente proscrita de su lenguaje. Decir *Canovas*, es emplear una palabra antifilosófica; debemos decir *Ca-si-vas*. Nada menos adecuado que la palabra *novio*: es el *si-vió*, pues para amar á su futura, el hombre debió verla. Vive contentísimo en el manicomio. Todo merece su aplauso. Lejos de irritarle la reclusion, muéstrase satisfecho de vivir entre locos, para poderles consolar—y en efecto les consuela. De mí dice que, puesto que le retengo allí, es señal de que esto es lo que mas le conviene y lo mas justo. No es posible imaginar bondad ni amabilidad como la de este que, monomaniaco y todo, no vacilo en calificar de *bellísimo sugeto*. ¡Lástima que su extraordi-

naría filantropía le haya reducido casi á la pobreza, gastando en dádivas y limosnas un importante capital que se habia allegado con su clarísimo talento y excelente instruccion! Si en el mundo hubiese bastantes personas dignas de alterar con un sugeto de tan nobles sentimientos, y si el mismo alienado no se mostrase tan contento de continuar en el manicomio, ¿por qué habria de privar yo á la sociedad de un miembro que atesora tantas y tan recomendables virtudes, siquiera sean expresion de un trastorno mental?

XXIV.

Apresurémonos á hacer resaltar la homología entre los procesos afectivos hiperémicos normales y los de la misma índole de carácter frenopático.

En primer lugar, es cierto que la expansion afectiva hígida —que constituye la alegría ó satisfaccion moral—tiene su representacion nosológica en diferentes vesanias, y en particular en la parálisis general de los alienados y en algunas formas de la monomanía.

Es tambien indudable que la expansion de los sentimientos, en el hombre sano está sostenida por un aflujo de sangre ó hiperemia transitoria de la sustancia nerviosa.

Son asimismo de carácter simplemente hiperémico las lesiones cerebrales correspondientes á la exaltacion morbosa de la afectividad.

Así como la alegría normal reconoce por causa eficiente una hiperemia ú orgasmo difuso en una grande extension del cerebro, la alegría morbosa esencial, ó sea la que, lejos de derivar de conceptos delirantes, mas bien los provoca, corresponde tambien á una peri-meningo-encefalitis difusa, que es la lesion característica del primer período de la locura paralitica, ó parálisis general de los alienados.

La alegría hígida, fundada en motivos intelectuales y razonables, rara vez se perfectamente pura; casi siempre la empaña algun concepto triste, siquiera sea el que deriva del temor de perder el bien de que gozamos. Por este motivo esta alegría no es con mucho tan expansiva como la infantil y otras normales espontáneas ó provocadas,—como, por ejemplo, la que subsigue al uso moderado de bebidas alcohólicas —.

Lo propio se observa en el órden frenopático: la alegría de los monomaniacos, fundada en la alta idea de su propia personalidad, es oscurecida por motivos externos de pena ó de adversidad, sien-

do entre estos el mas culminante el no hallar en el mundo el homenaje de respeto á que el alienado se considera acreedor.

Es tan cierto que el proceso normal de la alegría es hiperémico y de idéntica naturaleza que los procesos patológicos afectivos de índole expansiva, que el mismo Griesinger habla de una *alegría loca*, que viene á ser un estado de transición entre la cordura y la sinrazon. La alegría excesiva, ahuyentando el sueño, puede conducir á una sobreexcitación mental decididamente frenopática.

Concuerdan entre si los procesos hiperémicos normales y morbosos de los elementos afectivos, en que en todos la congestión se opera en los vasos capilares mas inmediatos á las células nerviosas; pero, como en los primeros el flujo sanguíneo es pasajero, pues no cesa de estar regido por la influencia excito-motriz del gran simpático, no va seguido de los aneurismas peri-vasculares, ni de las degeneraciones de tejido que tan frecuente se observan á consecuencia de las hiperemias morbosas del cerebro.

Algo análogo debe, sin embargo, suceder en la alegría normal— aun cuando no sea otra cosa que el agotamiento dinámico de las células afectivas,—pues es un hecho constante que despues de grandes diversiones, aun cuando no se hayan cometido excesos bromatológicos, experimentase un abatimiento de ánimo proporcionado á la intensidad y duracion de la alegría. Es ya proverbial que en el rostro se distinguen los que van de los que vienen de una romería.

Entre la congestión cerebral propiamente dicha y las vesanias por hiperemia, existen grandes analogías; pero indudablemente el proceso anatómico de las últimas es mas análogo al orgasmo funcional del cerebro que á la congestión vulgar. En efecto, las hiperemias vesánica y fisiológica concuerdan en los siguientes puntos:

1.° Radican en los vasos capilares mas delicados, y por lo tanto,—según queda dicho,—en los mas próximos á los elementos activos de la sustancia cerebral.

2.° Son muy difusas, es decir, abarcan una grande extensión del cerebro, aunque con desigual intensidad en diferentes sitios— hecho que en el estado morbozo explica el predominio poco duradero de determinados conceptos delirantes.

3.° Tienen poca ó ninguna estabilidad. La movilidad, sin embargo, es mucho mayor en el estado normal que en el frenopático. Tal es la causa eficiente de las alternativas de expansión, tranquilidad y abatimiento, propias del estado afectivo normal y de las exacerbaciones y remisiones del delirio que en corto intervalo de tiempo se observan en ciertas vesanias.

Los síntomas de la congestion cerebral — estupor, hemiplejias y parálisis mas ó menos parciales, — de acuerdo con las investigaciones necroscópicas, demuestran la circunscripcion de la hiperemia al mismo tiempo que su fijeza. El proceso patológico dura mas ó menos dias y se disipa gradual y definitivamente sin alternativas. Diríase, que al paso que en los procesos hiperémicos normales y vesánicos, la sangre de los vasos influye activamente por sus elementos constitutivos sobre las células ganglionares, en la congestion cerebral, acumulándose en vasos de mayor calibre, y por lo mismo mas distantes de los elementos anatómicos, ejerce sobre estos una accion puramente mecánica. Por esto son de compresion, estupor y parálisis los síntomas de la congestion cerebral clásica, mientras que revisten todos los caractéres de la sobreexcitacion los del orgasmo cerebral y de la hiperemia frenopática; por igual razon tambien una sangría puede curar instantáneamente una congestion del cerebro, al paso que las evacuaciones sanguíneas, y en particular la flebotomía, deben casi proscribirse de la terapéutica frenopática. Justo es, empero, consignar que si en algun caso están indicadas moderadas aplicaciones de sanguijuelas, es en el primer periodo de la locura paralítica.

XXV.

Señores: La doctrina que tengo la honra de exponer adolece de un gran defecto: hoy por hoy carece de todo prestigio de autoridad, porque, á lo menos que yo sepa, nadie antes que yo ha intentado estudiar la homología entre los procesos normales y los patológicos de la mente.

Por este motivo, aun cuando un estímulo, de cada dia avivado en la clínica, hace tiempo me impelia á abordar materia tan espinosa, he vacilado mucho antes de decidirme á traerla á este lugar. Ahí están, sin embargo, los hechos y en ellos apoyaré mis razonamientos. Á vosotros corresponde juzgar si alguna vez he sido seducido por analogías engañosas.

Con la velocidad del corcel que corre sin freno por un terreno en que no se descubre la mas leve senda, abatiendo los abrojos que encuentra al paso, así marcharia la imaginacion si la dejáramos explayar por los lados poéticos que el tema consiente; pero, por lo mismo que no se me ocultan los peligros de semejante carrera; por lo mismo que conozco que la fantasia es mala compañera en las tareas científicas; al bosquejar este modesto trabajo me he impuesto toda la sobriedad compatible con la flexibilidad que debe tener la mente para tratar esta materia.

¿Rebasaré este prudente límite si, saliendo de la esfera de las individualidades clínicas, hago extensivo á las colectividades humanas el exámen de las analogías de los estados normales y patológicos de que me ocupó? Considerados colectivamente los modos psicológicos de la humanidad, ¿presentan, como los modos psicológicos del hombre, estados patofrénicos é higiofrénicos? Los procesos orgánico-dinámicos de estos, ¿corresponden á los procesos orgánico-dinámicos de aquellos?

Creo que lo dicho al tratar de la melancolía y de la tristeza resuelve perentoria y afirmativamente estas cuestiones. Veamos ahora si este mismo proceder es aplicable á los procesos expansivos de la afectividad.

XXVI.

La libertad política es efecto y causa de la expansión afectiva. El pueblo que, por influencias cósmicas, no siente estímulos externos que aviven el desarrollo de su actividad cerebral, no puede ser libre. El hombre que encuentra á mano, casi sin moverse del lugar en donde duerme, los elementos de que necesita para satisfacer las necesidades de su organismo, hállase en las mismas condiciones en que vive el vegetal: muere donde nació.

Los pueblos tienen siempre los gobiernos que merecen. El que vive oprimido es que es débil para quebrantar el yugo. Preferir el quietismo al trabajo, es manifestar aversión á la virtud, y los pueblos viciosos son siempre esclavos. Puede un pueblo laborioso arrostrar la calamidad del despotismo; pero está seguro de que su mal no será duradero. El pueblo es inmortal, y el tirano muere ó sucumbe en la lucha.

Despréndese de lo expuesto, que las mismas condiciones orgánicas y cósmicas que en el individuo engendran la prepotencia de los movimientos expansivos normales de la afectividad, producen el desarrollo de los sentimientos afectivos en las colectividades. Y si hay vesanias caracterizadas por la extraordinaria expansión de los referidos sentimientos, seguidas de parálisis musculares que conducen á la demencia y á la muerte, existen vesanias populares que recorren los mismos períodos, presentan los mismos síntomas, siguen la misma marcha y ofrecen idénticas terminaciones.

Entre mil que podría ofrecer en confirmación de lo que acabo de decir, presentaré como ejemplo clínico la historia del pueblo romano.

XXVII.

La infancia de Roma se parece á la de un hijo de Esparta; pero no le abona la nobleza de su estirpe: el núcleo de este pueblo lo forman pandillas de bandidos y proscritos á quienes capitanea el fratricida Rómulo. Sientan su domicilio en una de las siete colinas del Tiber; piden la mano de las hijas de sus vecinos, y éstos tienen á menos emparentar con tales aventureros. No les arredra á los romanos la negativa; su propósito queda consumado, por el célebre rapto de las sabinas. Entran en Roma los sabinos, decididos á vengar el ultraje; las esposas de los romanos se interponen entre estos y sus padres, y el amor realiza la concordia entre los combatientes; desde entonces los primitivos pobladores de Roma se apellidan *Quirites*, y los sabinos, ocupando la roca Tarpeya, comparten el derecho político con los romanos. Los pueblos del Lacio no cesan de acosar á los romanos; mas, como aquellos nunca aciertan á mancomunarse en la pelea, resultan siempre vencidos. Sedientos de riquezas y mas guerreros que laboriosos, los romanos roban cosechas y ganados; ya opulentos, engalánanse con el título de ciudadanos, y decoran con el nombre de amor pátrio su afán de extender los dominios. Sóbrales vigor y les falta union; brotan disturbios intestinos que acabaran pronto con ellos, si sus caudillos no diesen en la idea de emplear el rebosante ardor bélico en la conquista de mas extensos territorios. Una victoria sigue á otra; el pueblo romano parece ébrio de triunfos. Albanos, hérnicos, volscos, sabinos y etruscos desaparecen bajo la furia de este pequeño pueblo. Opónense los galos, y los que no reciben la argolla de la servidumbre, son rechazados al Norte de Italia; entonces se levantan los samnitas, y cuando estos imploran la paz, hacen su último esfuerzo los latinos. Roma lucha con todos y en todas partes recoge laureles que, en verdad, no revelan la superioridad de un talento militar, sino de la educacion esencialmente guerrera de los ciudadanos. Las conquistas no son rápidas, sino sucesivas y graduales; de esto dimana su solidez. La poblacion pasa lentamente de la indigencia á la riqueza: por esto no se corrompe tempranamente, como aquellos pueblos que en corto tiempo avasallan muchas naciones, ni como aquellos hombres que en pocos años improvisan una gran fortuna.

Favorecida por las circunstancias, Roma tiene y aprovecha la ocasion de pasar plaza de generosa protectora, mientras que extiende prodigiosamente sus conquistas. Luchan los sirios con los

arménios, y los romanos les ofrecen un apoyo tan desinteresado, que acaba por la anexión; Sagunto llama á Roma en su auxilio contra Cartago, y Sagunto pasa á ser ciudad romana; Marsella abre á los romanos las puertas de las Galias; pónense al lado de los etólios para pelear contra Filipo y auxilia á los rodios y á los egipcios contra los seleúcidas. En todas estas mediaciones, Roma termina por ejercer el arbitraje del león, esto es, sometiendo á su yugo á los aliados y á los vencidos.

Roma ha traspuesto felizmente y con creciente lozania su vigorosa infancia y una mocedad tanto mas robusta, en cuanto, si bien favorecida por la suerte, no ha cesado de ir en busca de peligrosas aventuras; pero Roma, ya bajo la sábia direccion del Senado, entra en una potente virilidad que durará cinco siglos. Su incremento ya no es obra de las circunstancias, sino de la sabiduría y exquisito tacto de aquel renombrado cuerpo. El pueblo-rey vence mas por la diplomacia que por las armas. Busca y encuentra aliados en los vecinos de la nacion á donde quiere llevar la guerra: con el auxilio de los latinos y de los hérnicos, subyuga á los volscos y toscanos; somete á los samnitas y sus aliados y de ellos saca un ejército para combatir á los galos. Roma impone sus leyes al vencido, pero no desdeña sus costumbres, ni vacila en dar culto á sus dioses. Prosiguiera por tan noble senda la política del Senado y no mereciera la execracion de la historia. Ciega de orgullo nacional, viene día en que Roma no respeta pacto ni compromiso, por sagrado que sea, con tal de llevar adelante sus conquistas. Patricios y plebeyos adolecen de este gran defecto. La astucia reemplaza á la generosidad: donde asoma una discordia, Roma halla medio de fomentar la division para debilitar el país, prepararlo para venderle y atarlo al carro de sus triunfos. Ha pasado á la historia con carácter de proverbio la *fé romana*. Estos son indicios incontrastables de que Roma llega á la edad madura y que aquella noble expansion de sus sentimientos se va trocando en egoista concentracion de espíritu: la codicia ocupa el lugar de la emulacion. Réstanle aun al pueblo romano vestigios de su magnanimidad: su acendrado amor á la libertad y á la patria. Estos sentimientos se sobreponen á todos, hasta á los de la familia: Bruto no repara en sacrificar á sus hijos para salvar la patria.

Entretanto Roma no se apercibe de que, al paso que se engrandece materialmente, mata en su propio seno el principio republicano, á que debe su pujanza. Aun cuándo conserve la forma republicana, hace años que en la capital del mundo se hace vida monárquica. Así se prepara el advenimiento de Augusto, que, con refinada política, asume poco á poco todos los poderes de la nacion

y con su prudencia se conquista la admiracion de los romanos, quienes no tardan en pasar á la humilde condicion de súbditos y colocan á Octavio en el número de los dioses. Desde este instante, Roma deja de ser la nacion admirable por sus virtudes cívicas; ha abdicado de su dignidad y se ha entregado sin resistencia á emperadores, entre los que pocos dejaron de ser ineptos ó malvados.

Tiberio, receloso de la rivalidad de Julia y Póstumo Agrippa, nietos de Augusto, inaugura su reinado haciéndolos asesinar. Pison envenena á Germánico, enviado á Siria, y Tiberio, cediendo á la indignacion del pueblo, manda procesar al asesino, quien no puede revelar el secreto móvil de su crimen, porque el emperador le hace dar muerte en la cárcel. Libre de la sombra de Germánico, Tiberio se entrega al mas desenfrenado despotismo: menudean las acusaciones de lesa Magestad, seguidas de terribles ejecuciones; la delacion es siempre bien recibida, con tal de que procure el descarte de personas que hacen sombra al monarca; los senadores inclinan servilmente la frente ante el tirano; ya no hay mas que aduladores y cobardes. Tiberio pudo decir: «¡Cómo corres, oh vil nacion, al encuentro de tu servidumbre!» Hasta el mismo Sajano, encumbrado á la cúspide del favor, vistiendo la púrpura imperial por delegacion de Tiberio, mientras éste oculta en Capua el vergonzoso estado á que le han conducido sus excesos, es condenado á muerte, junto con todos los suyos, por el Senado, ó mejor, por una carta del suspicaz Trajano.

Roma en tanto ya no tiene fuerzas para librarse de un principe de corazon tan duro que, no solo se solazaba contemplando los dolores de las víctimas que por puro capricho inmolaba, sino que empleaba su ingenio en la invencion de nuevos tormentos. No le arrojó del trono la indignacion del pueblo: el jóven Calígula, auxiliado del prefecto del pretorio, Macron, acabó con la vida de éste mónstruo extrangulándole.

Pero era tanta la abyeccion del pueblo romano, que, libre ya de Tiberio, sufrió sin muestras de descontento el yugo de tiranos aun mas crueles que el hijo de Augusto. ¿Quién ignora las atrocidades de Calígula, el indigno hijo de Germánico, que — loco, sin duda — quiso hacer cónsul á su caballo, llegando ya á hacerlo vivir en su palacio y á ofrecerle de rodillas cebada dorada? ¿Quién no sabe que el matador de Tiberio pedia á los dioses que hicieran que el pueblo romano no tuviera mas que una cabeza para tener el placer de cortarla de un solo golpe? ¿Quién no recuerda la debilidad de Claudio, de execrable memoria por las liviandades de Mesalina y á cuya vida pone término el veneno de su segunda esposa Agripina, madre del mónstruo que habia de abrirla las entrañas para mal-

decir el seno en que fué concebido? ¿Qué sentido moral es el de un pueblo cuyo Senado, no solo aplaude la apología que hace Séneca del parricidio cometido por su discípulo Neron, sino que celebra con públicos festejos y acciones de gracias tan inaudito crimen?

Bien merecia Roma, ya que tantas iniquidades habia consentido, que un tal tirano se cebase en la sangre de su ayo Burro, de su esposa Octavia, del virtuoso Treseas, de los poetas Petronio y Lucano y hasta de su maestro Séneca, y que por mero pasatiempo, mientras en noche apacible, desde lo alto de su palacio cantaba la ruina de Troya, amenizase la orgía á la luz del incendio de muchos cuarteles de la ciudad.

Ha pasado para Roma la edad de la sana razon, desde el punto en que, rica y poderosa, abandona el cultivo de sus instintos guerreros, acalla los elevados sentimientos de libertad y patria, y se entrega desenfrenada al lujo y á los placeres. El sensualismo estraga la organizacion y mata en flor las nobles disposiciones que constituyen el legado de ese gran pueblo. Es un cerebro agitado por vapores alcohólicos, que antes de caer en la modorra precursora de la muerte, aun despide destellos de su brillante imaginación; aun en su decadencia tiene poetas que cantan sus pasadas glorias y divinizan sus vicios; mas, ya no sirve para las grandes empresas, ni tiene ánimo para defender sus derechos, ni valor para arrojar del trono á los malvados principes que derraman la sangre de sus hijos y ultrajan las canas de sus ancianos. Roma es ya el ludibrio de los bárbaros; su vida se extingue como la del demente cuyo cerebro se va reblandeciendo por una série de procesos flogísticos y de focos apopléticos. Tras la exaltacion y el delirio festivo, aparece la parálisis, cuyo progreso no se detiene hasta que, con el movimiento del corazon y de los pulmones, se apaga la vida. Tiene Roma en su triste decadencia, dias de esplendor y aparente bienandanza; pero ¿cuál es el demente que no tiene intervalos de lucidez ó calma?

Sobre este caso práctico y sobre otros muchos de la misma índole que registra la historia de las naciones, creo que pueden establecerse los siguientes aforismos de Frenopatología social:

1.° Pueblo plerórico de poder y de riquezas, hállase próximamente amenazado de perder la virtud ó sea el amor al trabajo, de caer en los delirios de la voluptuosidad y de encenagarse en la crápula.

2.° Pueblo que, sin estremecerse, se deja arrebatat sus libertades, sea por dolo ó por terror, adolece de una enfermedad cerebral que le conducirá rápidamente á la demencia ó al estupor melancólico.

3.º Pueblo que no brega por recobrar su libertad ó su independencia, es un pueblo niño, que no tiene aptitud para vivir sin tutela, ó es un dementé, que ha abusado del placer en daño de su cerebro.

XXVIII.

PROCESOS DE LOS ELEMENTOS INTELECTIVOS.

Normales: genio.—Morbosos: hiperfrenia, ideofrenia y exaltacion maniaca.

Si el *Genio* no es una neurosis—como ha dicho un alienista moderno—no difiere mucho de una vesania. En esta diferencia—aun suponiendo sea leve—estriba, sin embargo, el que el genio constituya la última perfeccion de la mente humana, mientras que la locura sea una imperfeccion, pues es un verdadero estado patológico.

Apenas se encontraria hombre ilustre que, en concepto de muchos, no haya sido tenido por loco. Los abderitanos tuvieron necesidad de los consejos de Hipócrates para no seguir considerando de mente al filósofo Demócrito, de quien el médico de Coos dijo ser *uno de los hombres mas sabios de su siglo*. Convencido de la verdad del sistema de Copérnico, que la Inquisicion habia declarado absurdo, filosóficamente falso, formalmente herético y expresamente contrario á la sagrada Escritura, Galileo lo enseña públicamente. Condenado á prision perpétua, obliganle á doblar la rodilla y á maldecir la teoría del movimiento de la tierra. El gran matemático parece acatar la órden del terrible tribunal, mas al levantarse, golpeando la tierra con el pié, exclama: *¡y sin embargo se mueve!*—Hombre que de tal modo sacrificaba su vida á una idea, hubiera parecido poseido de tenacidad monomaniaca, si en aquel entonces no se hubieran casualmente inventado los primeros catalejos que, permitiendo observar la rotacion del planeta Venus, demostraban que de análogo movimiento era susceptible la tierra.—Si el 8 de Octubre de 1492, dia sexagésimo quinto de la navegacion comenzada en el puerto de Palos, una ráfaga marítima hubiese sumergido en el Atlántico las carabelas próximas á arribar á la isla de San Salvador, Colon hubiera pasado á la historia con el dictado de visionario, que le dieran los sabios de España, é Isabel I hubiera sido tachada de sobrado cándida por haber dado asentimiento y aun vendido sus joyas por los discursos de un loco.

Es, pues, indudable que el sentido vulgar confunde con sobra-

da frecuencia en una comun consideracion al genio y á la locura. Esto indica que entre ambos estados ó condiciones de la mente existen importantes analogías que deberé esforzarme en señalar.

Dios se revela en la naturaleza; el genio, emanacion divina, no es mas que el trasunto de la entidad creadora. Las obras del genio—derivado seguramente de *genao*, engendrar—no son imitaciones, sino creaciones. Halla, sin buscarla, su inspiracion en la naturaleza, manantial inagotable de verdad y de belleza. Nada mas bello que la naturaleza en su perfeccion primitiva: la armonía de los sonidos, de los colores, de las formas y de los sentimientos es tanto mas grata cuanto mas se aproxima á la que espontáneamente nos presentan las criaturas. En todas las manifestaciones del talento, lo que mas nos atrae es aquella espontaneidad que comunmente se llama originalidad.

Entre un jardin simétricamente adornado de plantas raras, de vistosisimas corolas, anchos follajes y sonoras cascadas, y una floresta surcada de caprichosos arroyos, salpicada de selváticas melodías de pájaros é insectos, fiel expresion de la virginidad de la tierra, el sentido estético acuerda su preferencia á la floresta. Allí se aplaude la mano del hombre, aquí se admira la mano de Dios.

Los antiguos concibieron exactísima idea del Genio. Describiéronle en ese lenguaje alegórico, que despues nadie ha sabido imitar. Prometeo, instruido por Minerva, intenta crear el hombre: incorpora al mejor barro que puede hallar las partes mas nobles de diferentes animales y forma una estatua. Fáltale el calor de la vida; armado de una férula, y sustrayéndose á las miradas de Júpiter, roba el fuego del sol y lo arrima á los precórdios de la estatua. Advierte el Dios tonante el rapto de Prometeo, y tanta osadia le irrita. Manda á Vulcano formar una mujer radiante de belleza, á quien todos los dioses le otorgan sus dones: es Pandora. Provista ésta de su célebre caja, que contiene todos los males, procura seducir á Prometeo. El discípulo de Minerva resiste; entonces Pandora dirige sus encantos contra Epimeteo; el hermano de Prometeo cae en la celada y abre la malhadada caja. Desde entonces los males andan sueltos por el universo. Apenas se llegó á tiempo para cerrar la caja antes de escaparse la esperanza, que, por fortuna, estaba en el fondo. ¿Quién ignora el desenlace de la fábula? Habiendo intentado violar á Palas ó sea Minerva, es Prometeo encadenado en una roca del Cáucaso, donde sufre el tormento del buitro que sin cesar le devora el hígado; y duraria aun el martirio de Prometeo—pues el hígado le crecia á proporcion que el buitro se lo roía,—á no haber sido el magnánimo valor de Hércules, que rompió las cadenas y atravesó con una flecha el buitro carnívero.

Prometeo—de *promanthanein*, prever ó predecir—es la prevision, Epimeteo—de *epimanthanein*, escarmentar—es la imprudencia; Minerva es la ciencia, que saca al hombre de la condicion de bruto y le encumbra hasta el Olimpo para adquirir la luz del genio; la férula, instrumento disciplinario que en la infancia estimula á aprender, tiene cabal aplicacion en la fábula, toda vez que en ella Prometeo se llevó el fuego del sol. Pandora representa las seducciones del amor, que no hacen mella en el hombre prudente y que labran el infortunio en aquellos que, como Epimeteo, no las saben resistir, quedándoles únicamente la esperanza como consuelo. El suplicio de Prometeo, por haber intentado forzar á Minerva, es el castigo á que están condenados los que no moderan su aficion al estudio y quizás los que abusan de las teorías, las cuales encadenan de tal modo el espíritu, que es necesaria hercúlea potencia intelectual para librarse de tal opresion.

XXIX.

Siendo el genio la espresion de un conjunto de aptitudes intelectuales superiores á las que constituyen el patrimonio del comun de los hombres, es innegable que orgánicamente deben corresponderle condiciones cerebrales de orden excepcional, y así como queda demostrado un orgasmo fisiológico que sobreexcita la actividad de los elementos afectivos de la sustancia nerviosa, existe indudablemente un orgasmo de los elementos intelectivos que es causa eficiente del genio. Por esto siempre se ha representado como un calor, como un fuego, como una llama, emblemas que anatómicamente corresponden á una hiperemia del cerebro. Tambien se dice que el *rubor enciende* las mejillas, y el rubor es una hiperemia fisiológica del rostro, y del propio modo que ciertos semblantes, en virtud de determinadas condiciones de organizacion vascular y nerviosa, son mas ruborizables que otros, hay sin duda alguna cerebros predispuestos á experimentar la hiperemia fisiológica en mas alto grado que otros.

Tal es la razon que invoco para asimilar el proceso normal del genio al morboso de la hiperfrenia y del delirio, esto es, á la agitacion maníaca y á la ideofrenia.

Los caractéres del genio y las condiciones fisiológicas y cósmicas en que se manifiesta, prueban, en efecto, de un modo incontrastable, que responde á un movimiento vascular expansivo de la sustancia cerebral.

¿Dónde colocaron los antiguos la residencia de Minerva? En la industriosa Atenas y cerca del monte Parnaso, morada de Apolo y

de las musas. Allí, en una ciudad republicana, en un pueblo que no conoció el ócio, ávido de gloria, lleno de noble emulacion, vinculado por los lazos del comercio con todas las naciones, regido por las sabias leyes de Solon y en el siglo de Pericles, floreció esa pléyada de hombres ilustres, cuyos escritos aun hoy dia consultamos con respetuosa admiracion, y que habian de ser los maestros de los orgullosos romanos, probando una vez mas que la fuerza de la inteligencia avasalla mas que la fuerza de las armas.

Apuntemos este hecho histórico en corroboracion de que el genio necesita para su expansion un ambiente fisico y moral esencialmente tónico y estimulante. Otros hechos de la misma índole: la mayoría de los hombres eminentes han sido primogénitos ó engendrados fuera del matrimonio. Los pueblos del Asia consideran hijos de virgen á Zoroastro, Confucius, Mahoma, Vistnou y demás de sus grandes legisladores; Hércules, Teseo, Castor y Pollux, y Rómulo, nacieron de ilícitos amores; Eneas, Thetis y Aquiles fueron hijos de Venus; Homero, Galileo, Cardan, Erasmo, Jaques Delille, nuestro héroe de Lepanto y otros genios no menos preclaros eran bastardos; es que el primer amor es siempre mas fogoso y da productos mas sublimes.

Entre la fuerza generadora y la actividad cerebral media cierto antagonismo. Ningun hombre de genio ha sido muy dado al amor; Minerva era virgen y los griegos la representaron casi privada de mamas, es decir, poco afeminada, y defendido el corazon de los dardos de Cupido por la cabeza de Medusa. Las Musas eran tambien virgenes.

Quien abusa de los placeres sexuales, agota tempranamente el genio. Esa derivacion de la vida hácia los genitales, redundando en detrimento de la vida cerebral; un orgasmo priva otro orgasmo. De aquí sin duda que los hombres de brillante inteligencia sean poco prolificos y que sus hijos no hereden su ingenio.

Raras veces una grande inteligencia se concierta con un cráneo diminuto, cuello largo y delgado y elevada estatura, los organismos apopléticos con los mas distinguidos por su talento. Enérgico movimiento cardíaco, amplio tránsito de la sangre por las carótidas y corta distancia desde el corazon al cerebro;.... ¿quién no ve en estas disposiciones de estructura todo cuanto propende á favorecer el vivificante aflujo de la sangre en la sustancia cerebral?

Apresurémonos á añadir que para ver centellear el genio no basta que el cerebro reciba mucha sangre: requiérese excepcional excitabilidad de los elementos ganglionares; es indispensable que haya extraordinaria aptitud para el sentimiento. Así, con un mediano riego, pueden determinados cerebros sobrepujar el nivel de

las inteligencias. Es que la sustancia nerviosa goza de privilegiada impresionabilidad.

Por lo comun, el genio se revela desde la infancia; pero se engañaría quien creyese que esos niños vivarachos, saltones y precozmente garruleros son predestinados á grandes cosas; frutos tempranos y sazoados antes de tiempo, tórnanse mústios antes de adquirir dulzor y aroma. Por el contrario, el niño en quien despunta el genio, aunque profundamente sensible, preséntase taciturno y propenso á la admiracion. Acósale insaciable aidez de saber, no cesa de observar, es apasionado y entusiasta, y aprende menos con el preceptor que consigo mismo. Ya en tan tierna edad sus gustos é inclinaciones indican la especialidad del talento: los juegos infantiles de Vesalio consistian en disecar ratas y perros, y las travesuras de su mocedad, en penetrar furtivamente en los cementerios para abrir cadáveres humanos. Á los doce años, por medio de esferas y barras, Pascal se habia elevado á las mas sublimes proposiciones de Euclides. Desde niño, Vaucanson adivinaba el mecanismo del reloj. Demóstenes, á la orilla del mar, hacia gimnástica oratoria esforzándose en declamar, llena de piedras la boca. Los trofeos de Milciades turbaban el sueño del niño Temístocles.

Es carácter peculiar del genio y condicion que aparentemente le asimila á la locura la *originalidad*, esto es, la irresistible tendencia á apartarse de las vías ordinarias del juicio. La originalidad consiste en la concepcion de una idea nueva en el mundo moral, que domina á las demás, imponiendo al racionio una ordenacion sistemática esencialmente diferente de la que rige en la generalidad de los entendimientos. De ahí que á las inteligencias privilegiadas se les achaquen defectos de sentido comun y que se haya dicho que todo hombre eminente tiene *su grano de locura*. Tambien los locos carecen de sentido comun: aquel monomaniaco optimista, á quien anteriormente he aludido, que niega la existencia del mal porque Dios, autor de todas las criaturas, es todo bondad, ¿no seria acaso un genio indigno de nuestro siglo preñado de maldad y de suspicacia? Yo le respeto y amo mas que á los otros alienados.

La modestia, la verdadera modestia, espontánea, nacida de la ausencia de la nocion del propio mérito, es otro de los rasgos mas característicos del genio. Como las ideas brotan en el cerebro sin el menor esfuerzo y sin costarle ningun trabajo, el hombre no se considera acreedor á recompensas. ¿Por ventura pide aplausos el rui señor para el mérito de sus trinos? ¿los necesita la abeja para elaborar sabrosa miel? ¿hay modestia comparable á la de la violeta

que embalsama los prados? Vanidad y talento son condiciones incompatibles en el espíritu. Todo lo ampuloso es frágil y no hay cosa mas hueca que la vanidad. El genio no vive de recompensas..... vive solo de libertad.

Aquí resalta otra concordancia entre la manía y el genio. En la exaltacion maniaca vemos un estado hiperbólico de las facultades intelectuales. Si el maniaco no delira y si subsiste la coherencia de las ideas, sorprende que una persona de talento vulgar diga tantas y tan bellas cosas. Algunos versifican con extraordinaria facilidad; á otros se les ocurren imágenes retóricas de primer orden; y los hay que despliegan una memoria de todo punto inusitada. Un estudiante de Medicina, afectado de manía simple, que durante su carrera habia tenido notas muy modestas, fué examinado de Re-válida, aun no disipado su estado hiperfrénico, y obtuvo calificación de sobresaliente. Tan brillante éxito no le produjo la menor impresion.

Difiere la moral del hiperfrénico del estado emocional propio del primer período de la locura paralítica, en que en este hay grande exaltacion del aprecio de si mismo; lo propio se observa en muchas monomanías. El que adolece de manía simple, no está contento ni descontento de si mismo: solo vive por la inteligencia; su afectividad no se conmueve ó solo se perturba de un modo secundario por las ideas delirantes: domina la ambicion; no el orgullo ni la vanidad.

El genio, como la manía, tiene sus paroximos, que no podemos dispensarnos de considerar como manifestacion dinámica de raptos hiperémico cerebrales. Esta ereccion mental constituye el *númen*. El genio en si mismo no es mas que la virtualidad de una extraordinaria actividad intelectual; el *númen* consiste en el ejercicio de esta potencia, llamándose *estro* el estado de la mente durante esta sobreexcitacion del cerebro.

En el órden frenopático, los términos correlativos al *genio*, al *númen* y al *estro* son: la *manía*, el *furor* y el *paroxismo*.

El estado especial de la mente de los que experimentan el *estro*, —casi privada de toda atencion del lado de la sensibilidad— es causa de que sobre este particular no nos hayan podido ofrecer sino descripciones bastante vagas. Tampoco, por igual motivo, estamos mucho mas ilustrados en punto al estado interno de los maniacos en los arrebatos de furor. La iniciacion de *estro* tiene, empero, algunas analogias con el aura epiléptica: sienten una especie de viento tibio que, desde el epigastrio, se les sube á la cabeza; otros perciben un calor, una llama que suavemente les calienta el cerebro. En algunos el paroxismo intelectual se extrema hasta

los límites de la catalepsia, quedando privados de sensibilidad y de movimiento; tienen el pulso débil é irregular y la respiracion lenta; toda la vida se concentra al rededor de un territorio cerebral, que entra en activísima funcion. Tal era el estado de las sibilas y de los profetas; tales serian las condiciones en que se encontraba el cerebro de Arquímedes cuando la toma de Siracusa: preocupado en la resolucion de un problema geométrico, no solo no se apercibe del estruendo del asalto, sino que ni oye la voz, ni ve al soldado romano que le apunta al pecho la espada que debia atravesarle.

No hay alienista que no haya notado ser la primavera la estacion en que mas se exaltan los maniacos; esta es tambien la época del año en que los manicomios registran mayor número de admisiones de alienados furiosos. La misma influencia vernal se observa, en concepto de Virey, en la florescencia del genio. «En efecto—dice—se ve casi siempre que la primavera y el verano encienden la fiebre el genio, así como es tambien un hecho que el calor atmosférico predispone á los accesos de manía, y que hay mayor número de hombres espirituales y de locos bajo los cielos meridionales que en los climas frios.»

XXX.

PROCESOS TRÓFICOS DE LOS ELEMENTOS INTELECTIVOS.

Los locos y los niños se parecen mucho; aquellos carecen de entendimiento porque lo perdieron; estos porque aun no lo han adquirido. Hay la misma proporcion que entre el indigente que no heredó bienes de fortuna, y el rico que se encuentra arruinado. Por está razon un manicomio debe tener mas condiciones de escuela que de hospital. De una escuela á un manicomio no hay mas diferencias que las que se refieren á la instruccion propiamente dicha: el manicomio viene á ser una escuela de párvulos. En ambos hay iguales tendencias educativas: el manicomio procura restituir al cerebro sus aptitudes funcionales; la escuela propende á desplegar las que virtualmente se hallan contenidas en la sustancia de aquel órgano.

El proceso formativo del cerebro conserva estricta concordancia con el desenvolvimiento de la inteligencia. Pueden en el decurso de este proceso evolutivo, ocurrir suspensiones del movimiento trófico del cerebro y ocasionar detencion del desarrollo funcional: en este caso tenemos las anomalías frénicas llamadas *idiotismo*, *imbecilidad* ó *cretinismo*.

De donde resulta, que entre los defectos de desarrollo frénico y

los procesos formativos de los elementos intelectivos, hay, no solo verdadera homología, sino la mas perfecta identidad. El idiotismo, la imbecilidad y el cretinismo no son mas que la infancia cerebral perpetua.

La mas elevada expresion de la vida zoológica está orgánica y dinámicamente sintetizada en el cerebro, así como la flor concentra la última potencia fitológica. Plantas hay que crecen en la nieve, casi sin tierra y sin sol; las algas y los musgos no necesitan mas que un poco de humedad para vivir y reproducirse. Ninguno de estos vegetales ostenta corolas ni produce frutos preñados de semillas: son modestísimas criptógamas, reinas de la vegetacion en tales sitios, porque ningún organismo osaria pasarse con tan frugal nutrimento. Un suelo impregnado de materias orgánicas, provisto de sales sódicas, calizas y amoniacales, empapado de agua y bajo el estímulo de los rayos solares, se puebla de plantas de leñosos tallos, de extensas hojas, de vistosos pétalos, de balsámicos perfumes y de sabrosas frutas. Hay tambien ambientes abortivos para la flor del organismo humano; son precisamente aquellos en donde abortan las plantas, es decir, los valles sombríos y las gargantas de los altos montes, triste morada de idiotas, cretines y semi-cretines, frecuentemente agobiados por el deformante bocio.

Trazar la historia de la vida cerebral desde el nacimiento hasta la pubertad, y subdividir por numerosas intersecciones las etapas de este desarrollo, es dejar expuesta la *fenomenología*—ya que aquí apenas seria licito decir la *sintomatología*—de las infinitas variedades que ofrecen las anomalías mentales por defecto de desarrollo.

Hay un idiotismo que Griesinger califica de *grave*, en que la inteligencia es casi nula.

«En estos individuos, dice, las sensaciones son tan débiles, que apenas evocan ideas, y las pocas que nacen son tan superficiales y fugaces, que jamás se elevan á la abstraccion, ni á la generalizacion, ni al juicio, ni, en fin, á la conciencia. Las ideas son puras impulsiones materiales, que se desvanecen al punto en que cesa el incitante del sentido. De ahí que no haya coordinacion, ni encadenamiento, ni proliferacion espontánea de conceptos, ni atencion, ni reflexion, ni determinaciones voluntarias. Estos individuos viven en un puro automatismo; no solo son inferiores á los irracionales, si que tambien á las plantas: estas se bastan á su propia nutricion y desarrollo; los idiotas de quienes tratamos perecerian si alguien no cuidase de proveer á sus necesidades orgánicas, pues ni tan siquiera tienen nocion de su propia individualidad.» (1)

(1) Véase mi *Freno-patología*, pág. 548.